

Domingo 28 marzo 2010
El Evangelio de Hoy

Lc 19,28-40
Gritarán las piedras

Este domingo, que da inicio a la Semana Santa, recibe el nombre de Domingo de Pasión, porque en la Liturgia de la Palabra se proclama la Pasión del Señor. Este año la leemos en la versión de Lucas. Pero recibe también el nombre más popular de Domingo de Ramos, porque en este día la celebración de la Eucaristía dominical está precedida por la bendición de los Ramos que se hace con la lectura del Evangelio que relata la entrada de Jesús en Jerusalén, para consumir allí la entrega de su vida en el sacrificio redentor de la cruz.

El Evangelio de la entrada de Jesús en Jerusalén tiene dos partes, que están relacionadas por el tema de la realeza de Jesús. La primera parte se centra en la consecución de un pollino, es decir, una cría de asna sobre el cual debía montar Jesús para entrar en Jerusalén. La segunda parte relata el entusiasmo de la multitud y su aclamación de Jesús como Rey.

Nosotros habríamos pensado en cualquier otro medio de movilización más digno que un joven asno para transportar a un rey. Y en el tiempo de Jesús habría sido un gesto anacrónico. ¿Por qué Jesús tiene tanto interés en obtener un asno para hacer su entrada en Jerusalén? Él mismo había arreglado todo para este fin, y el Evangelio repite dos veces la afirmación: «El Señor lo necesita». Jesús quiere poner este signo para evocar la entronización como rey del hijo de David, Salomón. En efecto, cuando el mayor de los hijos de David, Adonías, pretendió la sucesión montando en un carro, el rey, que había jurado que el sucesor sería su hijo Salomón, ordenó: «Hagan montar a mi hijo Salomón sobre mi propia mula y bajenlo a Guijón... tocarán el cuerno y gritarán: "Viva el rey Salomón"» (1Reg 1,33.34). Lo que convenció a todos en ese momento de que Salomón había heredado el trono de David fue su cabalgadura.

Es probable que Jesús lo haya hecho también por otro motivo, el que indica el evangelista Juan: «Jesús, habiendo encontrado un borriquillo, se montó en él, según está escrito: No temas, hija de Sión; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna» (Jn 12,14-15). Pero el mismo evangelista agrega: «Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre él, y que era lo que le habían hecho» (Jn 12,16). En cambio, el signo de la cabalgadura del hijo de David la multitud ciertamente lo

entendió en ese momento, como se deduce de los gritos con que aclaman a Jesús.

«¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!». Aclaman a Jesús como Rey y aseguran que él viene enviado por Dios (esto significa: en el nombre del Señor) y que él viene a reinar en la tierra como ya reina en el cielo. Por eso agregan: «Paz en el cielo y gloria en las alturas». Jesús acepta esta aclamación como justa y verdadera. Los fariseos, en cambio, protestan ante Jesús. A ellos no les sorprende que la multitud de los discípulos de Jesús lo aclamen así, porque para ellos corresponde a la ignorancia de la gente sencilla. A ellos les indigna que Jesús no rechace esa alabanza como indebida: «Maestro, reprende a tus discípulos». Con su respuesta Jesús no sólo aprueba a sus discípulos, sino que asocia a esa alabanza a toda la naturaleza: «Les digo que si éstos callan gritarán las piedras».

Quisieramos que el Evangelio demostrara esa afirmación de Jesús. ¿En qué momento los hombres dejaron de aclamarlo? Cuando él murió en la cruz como un malhechor todos los abandonaron y nadie lo aclamó. El evangelista Mateo describe ese momento con estas manifestaciones de la naturaleza: «Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto... tembló la tierra y las rocas se partieron» (Mt 27,51). Debió ser un terremoto de grado muy alto para que las piedras se partieran. Eran las piedras que gritaban aclamando a su Señor, ya que los hombres no lo hacían.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles